JOSÉ FERNANDEZ DEL VILLAR

La mujer de su casa

SAINETE



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1921

LA MUJER DE SU CASA

LA MUJER DE SU CASA

SAINETE

ORIGINAL DE

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

Estrenado en el TEATRO INFANTA ISABEL el día 23 de abril de 1921



MADRID
R. Velasco, Impresor. Marqués de Santa Ana, 11, dup.º
TELÉFONO, M 551
1921

Para Antonio López Monís, gran amigo y mejor compañero, en testimonio de profunda gratitud y sincero afecto de su camarada que le admira,

J. Fernández del Villar.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SEÑÁ JESUSA.....................	Joaquina del Pino.
PATRO..........................	Blanquita Jiménez.
SEÑÁ BIBIANA..................	Juana Manso.
SERAFÍN........................	José Calle.
SEÑOR ROMÁN..................	Francisco Alarcón.
ANGEL..........................	Francisco Pierrá.
EL PEQUE.......................	Lydia Medrano.
UN GUARDIA DE SEGURIDAD....	Pascual Rodrigo.

La acción en Madrid.—Época actual



ACTO UNICO

Patinillo de la casa de Serafín, en los barrios bajos. Al foro derecha la puerta de entrada, que da a la calle. Al foro izquierda entrada a un corralillo, en el que se verá ropa tendida. A la derecha una mesilla de zapatero con todos los utensilios del oficio; junto a ella un banquillo de madera. A la izquierda dos puertas de cuartos que comunican con el interior de la vivienda. Por el patinillo tres o cuatro sillas de eneas y diez o doce macetas En el quicio de una de las puertas laterales, una jaula con un canario flauta. A la entrada del corralillo un par de zapatillas viejas. Cubriéndolo todo el claro cielo de Madrid.

Es de día y en el mes de Agosto.

—

(Al levantarse el telón aparece EL PEQUE, un chico de quince a veinte años, sentado en el banquillo, batiendo una suela; está en mangas de camisa; tiene el pelo jaro y puesto un mandil sucio. Por la segunda izquierda sale a poco la SEÑÁ BIBIANA, mujer de unos cincuenta y tantos años, gruñona y de mal genio. Viste un traje oscuro de percal.)

El Peque. (Haciendo a su modo, mal por supuesto, la fermata del capitán Leonelo en el racconto de «La canción del olvido», jaleándose e imponiéndose él mismo silencio seguidamente, como hace el público cuando oye a los grandes cantantes, y luego siguiendo impertérrito el trozo musical.)

Porque al verla no se puede
resistir la tentación.

¡Bravo! ¡Chis! (Imitando la orquesta y dándole a la suela.) Pon, pon, pon, pon.

Junto al puente de la Peña
una tarde la encontré...

Señá Bibiana. (Saliendo.) ¡A ver si callas con la condená musiquita!

El Peque. Usté disimule, señá Bibiana, pero como estaba solo no creí que pudiera molestar.

Señá Bibiana. ¿Que no? ¡Pregúntaselo a esta fiera del cante, que ha empezao a pelechar desde que a ti te ha dao por la filarmónica!

El Peque. ¿El canario? ¡Bah! ¡Poquito que le gusta cuando yo me arranco de firme! Porque es que tié usté que ver, señá Bibiana, que oirme a mí es talmente como presenciar el espetáculo; yo hago la orquesta, yo hago el público, yo hago la voz cantante, yo lo recojo tó.

Señá Bibiana. ¿Que lo recoges tó? ¿Y qué hacen aquí estas zapatillas? (Por las que habrá a la entrada del corralillo.)

El Peque. (Levantándose y cogiéndolas de manos de la señá Bibiana.) Se me deben haber olvidao. (Las deja sobre la mesilla.)

Señá Bibiana. ¡Te daba así!... (El Peque escurre el bulto.) ¡Hombre tenías que ser pa que fueras bueno!

El Peque. ¡Rediez, señá Bibi, que porque su yerno de usté lleve tres días sin parecer por la casa, no es pa que la tome usté con tó el sexo contrario; que en eso como en tó hay clases!

Señá Bibiana. ¡Hay narices! ¿Habrase visto el pequeñaco? ¿Quién te ha dao a ti vela en este entierro?

El Peque. Uno... ¡La verdá!...

Señá Bibiana. ¡A callar se ha dicho!

El Peque. (Volviendo a su asiento y al trabajo.) ¡Bueno!

Señá Bibiana. ¡Estaríamos frescos! ¡Tiene que ver! ¡Hasta los gatos quieren zapatos!

El Peque. Eso quisiera usté, pa que aumentara la parroquia.

Señá Bibiana. (Amenazadora.) ¡Mira, Peque!...

El Peque. ¡No he dicho ná!

Señá Bibiana. ¡Pues, hombre! ¡Me gusta!

El Peque. (¡Si me valiera le tiraba una bota! ¡Rediez, qué mujer! Lo que es yo si me caso tendrá que ser con una huérfana, porque aguantar una suegra así... ¿de dónde?)

Señá Bibiana. ¿No callarás, condenao, no callarás?

(Por la puerta de la calle entra PATRO. Es una mujer de veinticinco a treinta años, bonita y simpática, no obstante la ausencia total de aliño que hay en su persona. Llega despeinada y viste un trajecillo de percal de tonos claros. Sobre los hombros trae puesto, en forma de chal, un mantón de crespón negro, liso. Se le nota una profunda inquietud.)

Patro. (Entrando.) Ya estoy aquí.

Señá Bibiana. ¿Y qué noticias traes?

Patro. Ninguna. Ni en casa del *Melones*, ni en el cafetín del *Manco*, ni en la taberna del *Telillas*, saben una palabra. A ese hombre se le ha tragao la tierra.

Señá Bibiana. ¡Mira no fuera verdad!

Patro. ¡Madre, no diga usté disparates! Serafín será como sea, que yo no le disculpo, pero es mi marido y le quiero y me duele oirla a usté hablar de ese modo. Además, que no sabemos lo que podrá haberle pasao. ¡El nunca ha faltao tres días de la casa sin avisar antes!

Señá Bibiana. Alguna vez tenía que ser la primera.

Patro. Siempre ha de pensar usté mal de tó. Supongamos, lo que Dios no quiera, que le ha ocurrido una desgracia; que le ha cogido un tranvía, que se ha caído en una zanja del Metro...

Señá Bibiana. No me gusta hacerme ilusiones.

Patro. ¡Madre!

Señá Bibiana. Aparte de que si le hubiese pasao algo de lo que dices, lo habríamos leído en *El Liberal*, que pa eso lo compro yo toas las mañanas. Tú verás como tó se reduce a que se lió de juerga, se metió en vino y luego se quedó, durmiendo la merluza, en un merendero de las Ventas.

Patro. ¡Ojalá! Que yo con tal de verle entrar de nuevo, vivo y sano. por esa puerta, lo olvido tó.

Señá Bibiana. Y eso te pierde, porque el granuja lo sabe y cada vez va haciéndolas mayores. ¡Ay, qué hombres, qué hombres!

Pátro. ¡Será mi sino! (Quitándose el mantón que deja sobre una de las sillas.) ¡Vaya un día! Fuego se respira por esas calles.

Señá Bibiana. Se está portando San Lorenzo.

Patro. ¿Y padre?

Señá Bibiana. En los Cuatro Caminos.

Patro. ¿Allí ha ido ahora?

Señá Bibiana. Del Puente de Vallecas volvió a poco de irte tú.

Patro. ¿Y qué?

Señá Bibiana. Que en el Puente no tenían ni la menor noticia de tu esposo, pero se encontró a *Vedrines* y parece ser que éste le dijo que donde seguramente podía encontrar a Serafín era en los Cuatro Caminos, en casa del *Santito*. Me pidió dos reales pa el tranvía y allí se ha largao.

Patro. ¡Pues lo que es padre se está gastando una fortuna en ir y venir!

Señá Bibiana. ¡Tú verás! Tres días, con hoy, lleva que no hace otra cosa; de la Bombilla a Leganés y del

Hipódromo a la Ciudad Lineal. ¡Hasta creo que los cobradores le preguntan ya por la familia!...

Patro. ¡Menuda vida se está dando!

Señá Bibiana. No lo creas, que el pobrecito llega aquí echando un caño de sudor por cada pelo.

Patro. Y siempre con una pista segura, que luego no es segura, ni pista, ni ná. ¡También está bueno padre!

Señá Bibiana. No falta más sino que no se lo agradezcas.

Patro. Mucho. Pero se lleva gastao tres duros en tranvía y no están los tiempos pa esos lujos, madre.

Señá Bibiana. ¡Si te parece irá a pie el pobrecito mío! Pero pa que tu marido pinte la cigüeña y vaya dándolas de marqués, sí están los tiempos.

Patro. Pa eso lo gana y pué hacer de su dinero lo que quiera.

Señá Bibiana. (Tragándose cuatro frescas.) Mejor será que me calle.

Patro. Sí, mejor será. Y cuando padre vuelva con otra pista, le dice usté que se la regale a un circo, que pa encontrar a Serafín ya he puesto yo los medios.

Señá Bibiana. ¿Tú?

Patro. Acabo de dar parte a la Comisaría. No sigo ni un día más con esta zozobra.

Señá Bibiana. ¡Condenaos hombres! El mejor, asao y tostao, como el santo del día.

(Entra por la puerta del foro el SEÑOR ROMÁN, vejete con cara de granuja. Usa gafas, como casi todos los zapateros remendones; tiene calva, también zapateril, y se toca con un sombrero, imitación de jipi-japa, deteriorado por el uso. Viste un traje de dril, comprado en un almacén de ropas hechas de la calle de Toledo.)

Señor Román. (Entrando.) ¡Salú!

Patro. (Al verlo entrar.) ¡Hombre! A propósito... (A la señá Bibiana.) Padre. (Al señor Román.) ¿Noticias?

Señor Román. (Sentándose, quitándose el sombrero y secándose con un pañuelo el sudor que le corre por la frente y por la cabeza.) ¡Dejadme que respire! Que del Portillo aquí cae un sol de justicia que ya, ya... (Respira como si viniera muy cansado.)

Señá Bibiana. ¿Pareció el perdido?

Señor Román. No.

Patro. (Con ironía.) Pero tendrá usté una pista.

Señor Román. Y segurisma.

Patro. Pues ya sabe usté lo que he dicho, madre. (Coge el mantón que dejó sobre la silla y se va por la primera izquierda, murmurando.) Aquí el que no corre, vuela.

Señor Román. ¿Ande va esa loca?

Señá Bibiana. ¡Qué se yo!

Señor Román. ¿Y qué es lo que te ha dicho?

Señá Bibiana. Pues que si volvías con otra pista la llevases a Price por si te la tomaban a plazos.

Señor Román. ¿Ah, sí? ¿Y a qué viene ese chungueo?

Señá Bibiana. Por lo visto es que la Patro cree que en lugar de buscar a Serafín lo que tú estás haciendo es oxigenándote.

Señor Román. (¡Rediez, que olfato de chica!) ¡Bueno! No me sofoco porque ¿pa qué? ¡Bastante sofocao vengo! De modo que mi hija cree que yo... ¡Ah! ¡Ingratitud, tienes nombre de mujer, como dijo el clásico!

El Peque. ¿Quién dice usté que lo dijo, señor Román?

Señor Román. ¡El clásico! ¡El tío que ha dicho más cosas en este mundo! ¡Vaya un gachó! ¡Bien, hombre! ¡Haga usté *gratis* y *amor* de perro policía pa recibir este pago! Pues ella se lo pierde, porque la pista de ahora no fallaba.

Señá Bibiana. ¿De veras?

Señor Román. ¡Y tan de veras! ¡Sé donde se oculta Serafín!

Señá Bibiana. ¿En dónde?

Señor Román. En el *supermonmartroise* del *Verules*, sito en las Ventas del Espíritu Santo. Amén.

Señá Bibiana. Lo que yo me malicié desde un principio.

Señor Román. Allí lleva el hombre de merendona y bebilona tó el tiempo que falta del domicilio conyugal.

Señá Bibiana. ¿Y por quién te has enterao?

Señor Román. Por el señor Indalecio el funerario, que después de dejar un fiambre en el Este, fué a tomarse un quince en el susodicho merendero y atisbó a nuestro distinguido yerno marcándose un *fostrope* con una socia de las de pelo oxigenao y ojeras de ida y vuelta. ¡Una pochez!

Señá Bibiana. ¡Charrán! ¡Granuja! ¡Pegándosela a nuestra pobre hija y ella en lo más alto de la higuera!

Señor Román. ¡Y que no baje!

Señá Bibiana. ¡Hay hombres que se tién ganá la divisa y Serafín es uno!

Señor Román. Bibi, que se te va la garrocha; repórtate unas miajas; que nuestra hija es honrá, y en buena hora se diga, y no hay que levantarla de cascos ni hacerla pensar en lo que no es debido.

Señá Bibiana. ¡Es que se me pudre la sangre de verla sufrir mientras ese niño bonito, a quien Dios con-

funda, la hace de menos con el primer pingo que se encuentra por la calle! ¡Si me valiera!...

Señor Román. Con gritos y con lamentaciones no se adelanta na. Aquí lo más importante es que hemos dao con la madriguera donde se oculta el mozo y que hay que hacerle volver al hogar paterno político sea como sea. Yo voy a llegarme por él.

Señá Bibiana Tú, no, Román, que vas a acabar contigo; que llevas tres días de ajetreo que no es pa tus años. ¿Dices que está en casa del *Verules*? Pues yo iré a buscarle.

Señor Román. Una mujer decente como tú no pué pisar ciertos sitios, Bibi. Me sacrificaré una vez más por la familia... y yo iré. ¡Dame pa el tranvía!

Señá Bibiana. ¿Qué te hase falta?

Señor Román. Con una peseta pué que sobre.

Señá Bibiana. Voy por ella, pero, por Dios, que no se entere la Patro. ¡Peque, no te encargo ná!

El Peque. Descuide usté.

Señá Bibiana. Que si se entera de que he vuelto a aflojarte la mosca me da un mitin.

El Peque. Por mí puede usté estar confiá, que pa guardar los secretos soy un sertificao.

Señá Bibiana. Ahora salgo.

Señor Román. Tráete dos, por si acaso.

Señá Bibiana. ¿Eh?

Señor Román. ¡Dos pesetas!

Señá Bibiana. ¡Ah! ¡Bueno! (Vase por la segunda izquierda.)

Señor Román. (Sacando un puro del bolsillo.) ¿Te fumarías un puro, Peque?

El Peque. ¿Un puro?

Señor Román. Caruncho de veinte escogido. Escogido por mí.

El Peque. (Tomando el puro.) Venga. Me lo fumaré el domingo próximo. Y muchas gracias, señor Román.

Señor Román. (Sacando otro puro y encendiéndolo con gran prosopopeya.) ¡De nada!

El Peque. ¡Rediez, maestro! ¿Ha estado usté en un bautizo?

Señor Román. ¿Por qué? ¿Por esto? (Y muestra el puro.) ¡Bah! No tiene importancia. Mira. (Sacando un paquete de cigarros del bolsillo.) Kedives legítimos, fabricaos en la Ronda de Toledo, acera de los nones.

El Peque. No está mal.

Señor Román. (Guardándose el paquete y sacando una boquilla de puros que también le enseña al Peque.) Preciosa boquilla de ámbar y espuma de jabón, valorada en setenta

y cinco céntimos de peseta, según tiket adjunto. (Mostrándole el sujeta-corbatas.) Elegante sujetador mecánico con el «soldao de Nápoles» fotografiao a punzón... ¡y otra porción de minucias de que te hago gracia, Peque! (Echándose hacia atrás en la silla y metiéndose los pulgares en las sisas del chaleco.) ¡Estoy en un tren que asusto!

El Peque. Usté ha heredao, maestro. ¡Qué duda coge!

Señor Román. ¿Heredao? (Señalándose con el dedo índice de la mano izquierda el ojo izquierdo.) ¡Mírame la niña! A mí se me ha perdido mi yerno y ojalá no parezca en cuatro meses Eso es todo.

El Peque. ¿Qué?

Señor Román. Tú, como los demás habitantes de casa, estarás en la equivocación de que yo me paso el día deslizándome por los rieles en busca del ausente Serafín.

El Peque. ¡A ver!

Señor Román. Uncido a una carreta debía estar si tal hiciera.

El Peque. ¡Ah, que no?

Señor Román ¡Y tan que no!

El Peque. ¿De modo que usté, aprovechándose del...?

Señor Román. (Sin dejarle acabar.) ¡Mírame la niña!

El Peque. ¡Vaya un vivales!

Señor Román. ¡Y poquito que agradece el cuerpo unas horas de solaz al cabo de la vida!

El Peque. ¿Y dónde pasa usté el tiempo?

Señor Román En la tasca del *Babilonio,* jugando al mus y refrescando a placer. Y como Dios protege a la inocencia, no pierdo una partida. De esta hecha me redondeo.

El Peque. ¡Pues ándese usté con ojo, que como la señá Bibiana se entere!...

Señor Román. Me hace carne líquida. ¡Ya lo sé!

El Peque. A lo mejor parece Serafín...

Señor Román. ¿Y qué? Tú fíjate que yo no despliego mis labios mientras no me pregunten. Si me preguntan es que no ha vuelto; preparo la nueva salida... ¡y a otra cosa! ¡Hay que ingeniárselas, Peque!

El Peque. Ya, ya.

Señor Román. Uno ha leído, uno ha viajao, uno ha visto películas y tié recursos pa to. ¡No te preocupes!

(Sale la SEÑÁ BIBIANA.)

Señá Bibiana. Ahí tienes. (Le entrega un duro al señor Román.)

Señor Román. ¿Qué me das aquí?

Señá Bibiana. Un duro. Que no tenía suelto. Ya me darás la vuelta. Y vete, antes de que salga tu hija.

Señor Román. Ya mismo. Peque... (A espaldas de la señá Bibiana le hace señas al Peque de que no vaya a decir ni una palabra de lo que le ha contado. El Peque, también por señas, le dice que se puede marchar tranquilo.) ¡Adiós, Bibiana!

Señá Bibiana. ¡Adiós, Román! Y siéntate en el lao de la sombra, que pués coger una insolación.

Señor Román. ¡No me digas! Pa mí los disgustos, pa mí las ingratitudes, pa mí las caminatas... ¡tó pa mí! (Guardándose el duro.) ¡Hasta la vuelta! (Sale por el foro.)

Señá Bibiana. (Al salir su esposo.) ¡Es un abnegao!

El Peque. (Con un dejo de ironía.) ¡No lo sabe usté bien!

(Por la primera izquierda sale PATRO.)

Patro. Y padre, ¿se ha vuelto a largar?

Señá Bibiana. (Disimulando.) Ahí al 15, a tomarle unas medidas al señor Salustiano. Enseguidita viene. ¿Querías algo?

Patro. No quiero más sino que esta casa vuelva a su ser, que llevamos tres días en que no se hace más que perder el tiempo. ¡Digo! ¿Todavía están aquí estas botas? (Unas que habrá sobre la mesilla.) ¡A entregarlas ahora mismo, Peque!

El Peque. Lo que usté mande.

Patro. Ya sabes dónde.

El Peque. Sí, señora.

Patro. ¡Pues vivo! ¡Y a no tardar un siglo en volver!

El Peque. No, señora. (Sale por el foro con las botas.)

Patro. Y usté, madre, a cuidar el canario; que aquí por cualquier cosita nos cruzamos de brazos y hacemos fiesta de tó. ¡A trabajar!

Señá Bibiana. No creas que me he pasao la mañana con un abanico.

Patro. No creo ná.

Señá Bibiana. ¡Por eso! Si como has nacío mujer naces hombre y te mandan al frente, la guerra europea, cuestión de un par de horas. ¡Te quedas sola mandando!

Patro. ¿Qué dice usté?

Señá Bibiana. Digo que te quedas sola, que yo voy a lo mío. (Vase por la segunda izquierda, después de descolgar la jaula.)

Patro. ¡Ah, ya! ¡Maldita sea mi vida! (Echando una ojeada por el patio.) ¿Le parece a usté? Tó manga por hombro. Si como una no esté en tó... La ropa sin recoger; los tiestos sin regar... ¡Como una se descuide! (Vase al corralillo y comienza a descolgar la ropa. Por la puerta del foro en-

tra ANGEL, un mozo pinturero y fachendoso, que viste con cierta elegancia, dentro de lo popular, y que presume hasta bañándose. Trae gorra.)

Angel. (Entrando) ¡Pero que muy buenas!

Patro. (Desde el corralillo) ¿Quién?

Angel. (Haciéndose visible.) Servidor.

Patro. (Con un gesto de desagrado) (Por lo visto, este hombre no tié ná que hacer en su casa.)

Angel. Me alegro de verla, joven.

Patro. ¿Qué se ofrece?

Angel. ¿No me recuerda usté?

Patro. (Con burla.) ¡A todas horas!

Angel. Lo mismo digo. Pues, servidor venía a saber si estaban listas sus botas.

Patro. Ahora, cuando vuelva mi padre, se lo dirá a usté, que es el que sabe de eso.

Angel. ¿Tardará mucho?

Patro. Según.

Angel. Porque si no tardara mucho le podía esperar, siempre y cuando que no me dejen solo.

Patro. ¿Le da a usté miedo?

Angel. Sí, señora.

Patro. Pues no se preocupe usté, que compañía no ha de faltarle.

Angel. Muchas gracias, prenda. (Patro carga con toda la ropa recogida y va a marcharse por la segunda izquierda.) Pero, ¿se marcha usté?

Patro. A avisar al cuartel de la Guardia civil pa que le manden una pareja. (Vase.)

Angel. ¡Oiga usté, niña!... Dura está de pelar, pero se ve que le he causao impresión. Tarda en caer lo que tarde en ponerme las botas. Trasteo, mano izquierda, un día más de conversación y dobla sin puntilla. ¡Al tiempo!

(Salen por la segunda izquierda PATRO y la SEÑÁ BIBIANA; ésta trae la jaula que se llevó, la cual vuelve a colocar en su sitio.)

Patro. Salga usté aquí, madre, a hacerle compañía al señor.

Angel. (Aterrado al ver a la Señá Bibiana.) (¡Arrea! ¡Vaya un rifeño!) ¡Pero, por Dios, no se molesten! Yo volveré. (¡Pues sí que parece que ha avisao al cuartel de la Guardia civil!)

Patro. (A su madre.) El señor, ya le conoce usté, quiere ver a padre.

Angel. Repito que volveré luego.

Señá Bibiana. Tardar mucho Román, no tardará.

Angel. De todas formas. (A Patro, en voz baja.) ¡Es usté *sanguínia!*

Patro. Le advierto a usted que no conozco el esperanto.

Angel. ¡Guasona!

Señá Bibiana. ¿Cómo?

Angel. (Saludando.) ¡He tenido un verdadero...!

Patro. ¡Salú pa criarlo!

Angel. (Sonriéndole a Patro.) ¡Je! ¡Vaya! Muy buenas. (Mira a Patro, mira a la Señá Bibiana, vuelve a mirar a Patro y sale por el foro diciendo:) (¡Habrá salido al padre!)

Señá Bibiana. ¿Quién es ese figurín?

Patro. ¿Pero no le ha conocido usté? Angel, *el Presumido*, el gachó que anteayer me vió por el Paseo de las Acacias, y me vino siguiendo y se metió hasta aquí y, al encontrarse con padre, se encargó unas botas. ¡Un sinvergüenza que se ha creído que el mundo es suyo y que no hay mujer que se le resista!

Señá Bibiana. A eso te expone el abandono en que te tiene Serafín; porque si él estuviera a tu lao, como es su obligación, no habría hombre que se atreviera a propasarse.

Patro. ¡Hay hombres pa tó! El toque está en nosotras, en que sepamos guardarnos, y no dar que decir, ni sonsacar a nadie. Y de eso sé yo un rato largo, madre.

(Por la puerta del foro aparece la SEÑÁ JESUSA, mujer cuarentona, pero todavía de buen ver, graciosa, atrayente, simpática, bien calzada y vestida, si no con lujo, con gusto. Trae un mantón de crespón negro, liso, puesto en forma de chal.)

Señá Jesusa. ¿Hay permiso?

Patro. ¡Señá Jesusa!

Señá Bibiana. Adelante.

Patro. (Besándola.) ¡Madrina!

Señá Bibiana. ¿Quién la manda a usté por aquí?

Patro. ¡Un siglo hacía ya que no teníamos el gusto de verla!

Señá Jesusa. Pues hoy vengo a traerte una noticia.

Patro. ¿De Serafín?

Señá Jesusa. Lo acertaste.

Patro. ¿Dónde está?

Señá Jesusa. En mi casa.

Patro. ¿Vivo?

Señá Jesusa. Mejor que tú y que yo.

Señá Bibiana. ¿Qué te decía? Bicho malo...

Patro. ¡Calle usté, madre! (Suspirando fuerte.) ¡Ay! Más vale así. ¡Qué peso me ha quitao usté de encima! (Se sientan las tres mujeres.)

Señá Jesusa. Pues verás. A mi casa llegó hace un rato Serafín, con media cara afeitá y media con pelo, triste, lleno de polvo, y más angustiao que una Doloro-

sa.- Madrina—me dijo al verme—, en busca de usté vengo.—¿Qué te ocurre, demonio?—le pregunté yo—. Pos me ocurre, madrina, que llevo tres días fuera de mi casa y que no vuelvo allí si usté antes no va a prevenirme a la familia. ¡Tres días de juerga sin avisar a nadie! Me presento yo ahora de buenas a primeras y si mi mujer no me come, mi suegra me hace fosfatina y me sirve de postre a mi suegro—. ¡Algo menos será—, le contesté yo—. ¿Menos?—me replicó él—. ¡Usté no conoce mi casa. Aquello es un campo del *Bramante* en cuanto que yo hago alguna de las mías. Mi mujer, Dios me la conserve, es una santa; honrá, trabajadora, mujer de su casa como nadie, pero con un genio heredao de su madre que ¡pa qué! Su madre, mi suegra... ¡no la coja un tranvía..!

Señá Bibiana. (En ascuas.) ¡Su sangre ladrona!

Señá Jesusa. Hablo con palabras de Serafín.

Señá Bibiana. Ya, ya.

Patro. Siga usté.

Señá Jesusa. Mi suegra—me dijo—, es la propia Inquisición. Y mi suegro... ¡mi suegro es zapatero!

Señá Bibiana. ¡Mira qué gracioso!

Patro. (Riendo.) ¡Angel, sí tiene!

Señá Bibiana. Lo que no tiene es vergüenza.

Señá Jesusa. Total—concluyó diciendo Serafín—, que vivir en mi casa es más difícil que comer las lentejas con tenedor. Así que usté va ahora allí, ve a mi mujer, habla con mis suegros, y si consigue usté de los tres la promesa formal de que no han de arañarme al verme entrar por la puerta, me manda un recao con el Peque, y si no, me compro un kilométrico, me voy a veranear a San Sebas, y ¡adiós, familia!— Me puse el mantón, tomé un coche pa no pasar calor, y aquí estoy a cumplir el encargo de mi ahijao. Conque, ¡ustedes me dirán!

Señá Bibiana. ¡Charrán!

Patro. ¡Granuja!

Señá Bibiana. ¿De modo que tras de lo uno lo otro? ¿De modo que, tras de pasárselas de juerga, quiere que le recibamos con palmitas? ¡Pues no, y no! ¡Que se vaya donde quiera, porque yo, si le veo, le mato!

Patro. (Llorosa.) ¡Mal hombre! ¡Mal marido!

Señá Jesusa. Si me lo permiten, les diré que la culpa de tó lo que hace Serafín no es suya.

Señá Bibiana. Pues, ¿de quién es entonces?

Señá Jesusa. De ustedes.

Patro. ¿Nuestra?

Señá Jesusa. ¡A ver! Serafín es un hombre como tós

los demás, mejor que los demás, si me apuran mucho. A Serafín, lo que le pasa es que es un soñador.

Señá Bibiana. ¡Ganas de ponerle motes!

Señá Jesusa. Le conozco desde antes de que subieran las subsistencias, y me le sé de memoria. Serafín es un hombre a quien agradan el mimo y la zalema, y eso no me negarán ustedes que no lo encuentra aquí.

Patro. No sé por qué.

Señá Jesusa. Ahí va un ejemplo. Tú, como él dice y yo lo afirmo, no hay otra mejor en lo tocante a cumplir con las obligaciones de tu estao, pero si él llega a hacerte una caricia y tu estás zurciendo la ropa, pongo por ocupación, lo alejas de tu lao con el pretexto de que tienes que terminar lo que traes entre manos pa antes de la noche. Eso lo han visto mis ojos más de una vez.

Patro. Muy cierto. Pero tenga usté en cuenta que a los seis años de matrimonio no va una a estar como el primer día, siempre propicia pa el arrullo.

Señá Jesusa. ¿No le quieres tú a Serafín como el primer día?

Patro. ¡Más!

Señá Jesusa. ¡Pues entonces...!

Patro. Pero en una casa hay mucho que trabajar y mucho que hacer. ¿Qué diría Serafín si un día no tuviera calcetines que ponerse?

Señá Jesusa. Ahí está el talento, Patro; en que se puede ser muy mujer de su casa sin dejar de ser mujer de su marido. Tú mírame a mí; veinte años llevo de casada y ni un solo día ha dejao de tener mi Ceferino su agua caliente pa lavarse en los inviernos, su comida a su hora y su ropa lista. Y cuenta con que además tengo que atender a siete leones, que son mis hijos, que no se dan paz a romper medias, a ensuciar ropa ni a comer garbanzos; y que, como tú, soy sola pa tó. ¡Pues tampoco ha faltao un día en que a la hora en que mi marido vuelve del trabajo yo no haya estao esperándole acicalada y limpia, bien calzada y bien vestida, con mi flor en la cabeza a ser posible! Y él ha llegao y, al verme, se le han alegrao los ojos como cuando llegaba a hablar conmigo a casa de mis padres, y en lugar de marcharse a la taberna a jugar al mus, se ha quedao junto a mí hasta la hora de cenar, contándome hablillas y murmuraciones del taller, que yo le he escuchao como si ná me interesase tanto en este mundo, mientras los críos jugaban a la puerta alborotando la calle. Y esta felicidad me la debo a mí misma, por haber sabido al cabo de los años sostener la ilusión del cariño de mi hombre, hasta el punto de que rabia de celos

sólo porque el carnicero de la esquina, cuando paso por allí, me saluda diciéndome: «¡Vaya usté con Dios, señá Jesusa! ¡Siempre tan guapa!» ¡El tío ladrón!

Señá Bibiana. Usté porque ha dao con un hombre que es pan de flor. ¡El señor Ceferino!

Señá Jesusa. ¡Alto el carro, señora! ¡Que al señor Ceferino se le alegran las pajarillas en cuanto ve unas faldas como a cá quisque! ¡Que muchas veces, yendo conmigo por la calle, se ha cruzao con nosotros una buena moza, y el señor Ceferino ha abierto tanto así de ojo, que en ná ha estao el que se le cayera la niña! Pero yo, en lugar de echarle un pregón, le he mirao y apretándole el brazo le he dicho: —¡Buena mujer! ¿Te gusta? ¡Dila algo! Y él, echándose a reir y arrimando mucho su cara a la mía, me ha contestao siempre: —¡Ya sabes que a mí no me gusta nadie más que tú!

Patro. ¡Eso el señor Ceferino! Porque se lo digo yo a Serafín, y se va con ella.

Señá Jesusa. Tampoco. ¿Quieres hacer la prueba? ¿Quieres tú que Serafín no se vuelva a apartar de ti? Pues en tus manos está el remedio. Tó consiste en que Serafín se encuentre en esta casa mejor que en ninguna parte.

Patro. ¡Dificililo es eso!

Señá Jesusa. ¿Por qué? Tú déjate guiar por mis consejos, y si antes de un mes Serafín no es otro, yo me dejo cortar lo que tú quieras.

Patro. ¡A verlo!

Señá Bibiana. Con probar, ná se pierde; qué ganas tengo ya de ver a esta hija tranquila y contenta.

Señá Jesusa. Pues la primera que tiene que tomar parte en este fregao, es usté.

Señá Bibiana. ¿Yo?

Señá Jesusa. Guardándose la lengua en el bolsillo y recibiendo a Serafín, cuando vuelva, con cara de pascuas.

Señá Bibiana. ¡Ah! ¡Eso sí que no!

Señá Jesusa. Con gritarle ya ven ustedes que no adelantan ná.

Señá Bibiana. Desahogarnos.

Señá Jesusa. ¿Y qué, si al día siguiente hace otra peor? ¡Pues ensayemos el sistema contrario, que de sus resultaos yo respondo!

Señá Bibiana. A ver.

Señá Jesusa. Tú, por lo pronto, vas a peinarte, a ponerte un vestido limpio, flores en el pecho y echarte esencias, si las tienes.

Patro. Las tengo, pero no las uso.

Señá Jesusa. Mejor que mejor; más le extrañará. Y cuando le veas, ni una palabra de lo pasao, como si hubiera salido de esta casa a comprar tabaco y hubiera vuelto en seguida.

Patro. Pero...

Señá Jesusa. ¡Déjame a mí, que sé lo que me digo! Y si tuvieras un pretendiente.. Pues nos vendría que ni pintao pa mi plan.

Señá Bibiana. Uno tiene ésta.

Señá Jesusa. ¿De veras?

Señá Bibiana. Angel el *Presumido.*

Señá Jesusa. ¿El *Presumido?*

Señá Bibiana. ¿Le conoce ustez?

Señá Jesusa. De vista. Ese es el socio de la Irene, la de los bucles, como la llaman, que vive en mi calle.

Patro. Sí, pero yo...

Señá Jesusa. ¡Tú vas a hacer lo que yo te diga y ná más!

Patro. ¡Mire usté, madrina!...

Señá Jesusa. ¡Tonta! ¡A ver si crees que te voy a meter en un lío! Tú me darás las gracias cuando te veas salir esta tarde, de bracero con tu esposo, camino de la verbena.

Patro. ¡Mucho que me gustaría!

Señá Jesusa. ¡Pues ná más sencillo! Engañando a los dos, sin engañar a ninguno; con Angel y con Serafín vas a estar en la gloria.

Patro. ¡Claro! (Entra EL PEQUE por la puerta del foro, sin las botas y con dos duros.) Aquí está el Peque. ¿Entregaste las botas?

El Peque. Sí, señora. (Da muestras de venir muy cansado.)

Patro. ¿Te pagaron?

El Peque. ¡A ver qué vida! (Le da el dinero.)

Patro. Pues ahora vas a llegarte a casa de la señá Jesusa.

El Peque. (¡Rediez!)

Señá Jesusa. Tú ya sabes.

El Peque. En la calle de Segovia, ¿no?

Señá Jesusa. Justo. Pues te llegas allí, y le dices a Serafín que pué venir cuando quiera.

El Peque. (Yo estaba por hacer lo que el maestro: pedir pa el tranvía.)

Señá Bibiana. Y no tardes.

El Peque. No. (¡Rediez con la zapatería, es un continental!) (Sale.)

Señá Jesusa. (A Patro.) Y tú, a vestirte con lo mejor que tengas.

Patro. Ahora mismo. (Vase por la primera izquierda.)

Señá Bibiana. ¡Ay, señá Jesusa, si usté metiera esta casa en orden! Porque Serafín ya sé yo que no es malo, pero tiene los ojos demasiado alegres.

Señá Jesusa. Como todos.

Señá Bibiana. ¡Quiá! Serafín es de los que pasan por una corsetería y entra a pedirle permiso a la maestra pa echarle dos piropos al maniquí.

Señá Jesusa. ¡Siempre se exagera! Usté verá cómo, en cuanto la Patro lo mime y lo atraiga, el hombre cambia del tó.

Señá Bibiana. ¡Ojalá!

Señá Jesusa. ¿Y el señor Román? Ya le he visto cuando venía pa acá meterse en la tasca del *Babilonio.* El no me vió a mí.

Señá Bibiana. Pero, ¿cómo en la tasca del *Babilonio*, si el señor Román está en las Ventas?

Señá Jesusa. ¡Camino llevaba! ¡Mira que ir a las Ventas por el Paseo Imperial!

Señá Bibiana. ¡A ver si usted se ha confundido!

Señá Jesusa. ¡Que no, señora!

Señá Bibiana. ¡Ay, su madre! ¿Entonces es que me ha estaó tomando el crepé, y con el pretexto de buscar a Serafín me ha ido sacando los cuartos? ¡Su pellejo en mis uñas! ¡Ya me extrañaba a mí que la pista estuviese siempre a dos reales de tranvía cuando menos! ¡Ay, en cuanto le coja!

Señá Jesusa. Siento haberle estropeao la combina al señor Román. ¡Cualquiera le encarga ya unas botas!

Señá Bibiana. ¡Deje usted que vuelva! De que menos, me va a serví su nariz pa frotar los cuchillos. ¡El viejo chulo! ¡El viejo ladrón!

(Por el foro entra nuevamente ANGEL.)

Angel. ¡Pero que muy buenas!

Señá Bibiana. (En voz baja a la señá Jesusa.) El *Presumido.*

Señá Jesusa. (En igual tono de voz a la señá Bibiana.) ¿Este es?

Angel. Ustedes perdonen si vuelvo a molestar.

Señá Bibiana. Usté no molesta.

Angel. ¡Estimando la fineza! El maestro, ¿no ha regresado?

Señá Bibiana. Todavía no, pero ya debe estar al caer. Puede usté esperarle si gusta.

Angel. Gusto.

Señá Jesusa. Tome usté asiento.

Angel. ¡Estimando la fineza! (Se sienta.)

Señá Jesusa. (En voz baja a la señá Bibiana.) ¡Déjeme usté sola con él!

Señá Bibiana. (Marchándose por la segunda izquierda.) Con el permiso. (Vase.)

Angel. Usted es muy dueña.

Señá Jesusa. (Observando a Angel, el cual, al ver que le observa una mujer, se yergue, dándose importancia.) (A este tío le he visto yo por una perra gorda.)

Angel. (Quitándose la gorra.) Mucho calor.

Señá Jesusa. El propio de la *caniscula*. (Me parece que lo he dicho mal.)

Angel. ¿Es usté amiga de la familia?

Señá Jesusa. Parienta lejana.

Angel. ¿Lejana?

Señá Jesusa. ¡Que vivo lejos! Por lo demás, uña y carne. ¿Y usté?

Angel. Yo, me llamo Angel.

Señá Jesusa. Por muchos años. Servidora, Jesusa. Pero preguntaba que si usté era también pariente.

Angel. Deseo emparentar.

Señá Jesusa. ¿Con la Patro?

Angel. ¡Ya la ha dao!

Señá Jesusa. Con el tiempo y la esperanza, tó se alcanza. ¿Está usté haciendo oposiciones a su viudez?

Angel. Puede.

Señá Jesusa. Pues ya sé yo lo que es usté. (Angel la mira, interrogándola con la mirada.) ¡De los Previsores del Porvenir!

Angel. ¡Jocosa!

Señá Jesusa. ¿Y no le teme usté al marido?

Angel. ¿Al marido de quién?

Señá Jesusa. ¡De la Cibeles! ¿De quién va a ser? ¡De la Patro!

Angel. ¡Ah! Pero, ¿la Patro es casada?

Señá Jesusa. ¡Anda la ignorancia!

Angel. Ahora me desayuno.

Señá Jesusa. Tendrá usté el estómago hecho polvo.

Angel. ¿De modo que la Patro está enchufada?...

Señá Jesusa. ¡Y tenga usté cuidao con el flexible, que se gasta un genio de aupa!

Angel. ¡Como yo nunca la he visto con el marido!

Señá Jesusa. Porque es viajante, y se pasa la vida en el *esplimplincar*.

Angel. ¡Pos sí que me ha dao usté el té!

Señá Jesusa. Es la hora.

Angel. ¡Y yo que me había hecho ilusiones!...

Señá Jesusa. Y hará usted mal en perderlas, porque la Patro siente debilidaz por usté.

Angel. ¿Por mí?

Señá Jesusa. Eso me ha dicho ella.

Angel. Me da usté la vida.

Seña Jesusa. Pos me voy a quedar sin ná, porque se lo estoy dando a usté tó: el te, la vida..

Angel. ¡Jocosa!

Señá Jesusa. La Patro, lo que teme es que no sepa usté guardar las formas...

Angel. Uso corsé faja.

Señá Jesusa. ¡Jocoso! ¡Las formas sociales! Y que su marido pueda enterarse de esta simpatía que muestra ella por usté.

Angel. Soy reservao de señoras.

Señá Jesusa. Y eso teme la Patro, que como su marido es viajante, a lo mejor se mete en el reservao... ¡y pata!

Angel. Usté se canea.

Señá Jesusa. ¿Yo? ¡Más seria que el *Chico de la Blusa!* ¡Usté no me conoce! Y pa que se convenza usté de que lo que le he dicho es verdaz, vaya usté por un manojo de claveles, regáleselos usté a la Patro, y yo le respondo de que esta noche vamos los tres juntos a comer churros a la verbena. ¿Hace?

Angel. ¡Más vivo! (Se levanta.) Le deberé a usté la felicidaz.

Señá Jesusa. Ya le pasaré la cuenta.

Angel. Muchos recuerdos a la Patro.

Señá Jesusa. De su parte.

Angel. Y dentro de ná aquí estoy con los claveles.

Señá Jesusa. ¡Que sean bonitos!

Angel. Los mejores que haya en Madriz los luce esta noche la Patro en la verbena.

Señá Jesusa. ¡A verlo!

Angel. ¡Es usté la reina de España!

Señá Jesusa. ¡Jesús! ¡La reina! (Imitando a Angel.) ¡Estimando la fineza!

Angel. (Presumiendo más que nunca.) (¿Qué te dije, Angel? ¡No te falla una!) (Sale.)

Señá Jesusa. ¡Jocoso! ¡Ya verás el chasco que te llevas! (Asomándose a la primera izquierda.) ¡Patro! ¡Patro! ¡Sal aquí, chica!

(Sale PATRO bien vestida, puesta de veinticinco alfileres.)

Patro. ¿Qué sucede?

Señá Jesusa. ¡Ven aquí! Pero déjame que te mire. ¡Qué maja te has puesto!

Patro. ¿Estoy bien?

Señá Jesusa. Estás que, en cuanto te vea Serafín, no le despegan de tu lao ni con agua caliente. Ahora, no te encargo más sino que cumplas al pie de la letra mis consejos. Mimo, mucho mimo; agrado, mu-

cho agrado, y ni una palabra sobre lo demás. ¿Estamos?

Patro. Estamos.

Señá Jesusa. Pues, ahora, óyeme. Acabo de hablar con el Presumido.

Patro. ¿Y qué?

Señá Jesusa. Que se la vamos a jugar de puño, pero que puede que nos sirva pa un momento determinao.

(Se abre la puerta del foro y entran, delante, EL PEQUE, y detrás SERAFIN, ya afeitado completamente y con el traje cepillado, Serafín es un hombre de treinta y cinco años, buen mozo, de bigote negro. Se toca con una gorra de seda.)

Patro. Ya está ahí Serafín.

Señá Jesusa ¡Lo dicho!

Serafín. (Entrando, receloso.) Buenas tardes.

Señá Jesusa. ¡Hola, Serafín!

Patro. ¡Adiós, hombre!

Serafín. (Humilde.) Perdóname, Patro.

Patro. Perdonarte, ¿de qué? ¡Anda, no seas tonto! ¿Has comido? ¿Quieres que te haga algo?

Serafín. He comido, sí.

Patro. Por si acaso, le dije a mi madre que no apagara la lumbre.

Serafín. (Extrañado.) Dios te lo pague.

Patro. Pues sí, señá Jesusa; como le decía a usté: ahí, en el cine de la Encomienda, echan unas películas, pero que la mar de bonitas. Una vi yo anoche...

Serafín. (Interroga con la mirada al Peque, que está tan sorprendido como su interlocutor. Luego, Serafín atiende a lo que dice su mujer.) (¿Anoche?)

Patro. De esas policíacas. Trabajaba la Bertini. ¡Me gustó más!

Señá Jesusa. (¡Bien, chica, bien!)

Serafín. Pero, oye; ¿tú fuiste anoche al cine?

Patro Sí.

Serafín. ¿Anoche?

Patro. ¿Te molesta?

Serafín (Huraño.) No.

Señá Jesusa. (¡Otra le queda!)

Patro. Se empeñó mi madre...

Serafín (¡La tía bruja!)

Señá Jesusa. Como las convidó un amigo del señor Román, a quien creo que le dicen Angel, el *Presumido*...

Serafín. ¿Ese sinvergüenza? ¿Y fuiste con él?

Patro. Fuí con mis padres. Pero si a ti te enfada no iré más.

Serafín. (Sin querer dar su brazo a torcer.) No, a mí... (¡Maldita sea la!...)

Patro. Yo no sabía... Perdona si hice mal.

Serafín. No, mujer, no.

Señá Jesusa. Mal, ¿por qué, chica? ¿Acaso eres tú monja, pa no poder salir de estas cuatro paredes?

Serafín. Dice bien la señá Jesusa. (Se sienta, se quita la gorra, que deja sobre otra silla, y sopla como si quisiera ahuyentar el calor que siente.)

Patro. (Acudiendo solícita a Serafín.) ¿Tienes calor? ¡Andá, quítate la americana, y estarás más fresco! ¿Te preparo una limonada?

Serafín. No, gracias; no te molestes.

Patro. ¿Molestarme? ¡Qué cosas dices! ¡Anda, yo te la voy a preparar! En un momento la hago. (Acariciándole y limpiándole con su pañuelo el sudor.) Estás sudando. Verdaz que hace un día...

Señá Jesusa. Luego dirás que no mira por ti tu mujercita.

Serafín. Yo no digo nada. (A Patro.) ¡Qué perfumada estás!

Señá Jesusa. (¡Ya le dió en la nariz!)

Patro. ¿Perfumada? ¡Ah, sí! Que al vestirme se me ocurrió echarme un poquito de esencia... Como hoy es el santo del barrio... Pues yo me dije: por si Serafín viene y quiere llevarme a dar una vuelta por la verbena, me compondré un poco.

Serafín. ¿Pensabas ir a la verbena?

Patro. Contigo, ya te lo he dicho. (Serafín la mira fijamente y ella finge que se turba.)

Serafín. ¿Conmigo?

Patro. ¡Contigo, sí! Anda, mientras está aquí la señá Jesusa voy a prepararte la limonada. (Vase por la segunda izquierda.)

Serafín. (Levantándose.) ¡Pero yo me voy a volver loco! ¡Esta no es mi mujer! ¡Esta no es mi casa! ¿Qué ha pasao aquí, señá Jesusa?

Señá Jesusa. ¡Chico, yo no sé! Yo no sé más sino que cuando llegué aquí y pensé encontrarme esto hecho un valle de lágrimas, según tú me dijiste, pues me vi a tu mujer tan compuesta como está ahora, pegando la hebra con ese amigo de tu suegro. Le di tu encargo y me contestó: «¡Que venga cuando quiera; ya sabe él que esta es su casa!

Serafín. (En ascuas.) ¡Mi madre! ¡A ver si estoy haciendo el canelo! ¿Tú estás enterao de algo, Peque?

El Peque. (Que desde que llegó volvió al trabajo.) Me acuesto temprano.

Señá Jesusa. ¡Pero no te preocupes! La Patro es mú honrá y ciega por ti.

Serafín. Sí, pero pué que harta de aguantarme haya tomao el camino contrario, y me estoy viendo en una nocturna, de Charlot.

Señá Jesusa. No lo creo.

Serafín. Además, que es muy extraño tó esto. ¿Cuándo he vuelto yo a mi casa, después de una noche de ausencia, que no me hayan armao una bronca? Y hoy, tras de haberme pasao tres días en el éter, ni una pregunta, ni un mal modo; al contrario. Y llego, y en lugar de encontrarme a mi mujer despeinada y sucia, fregando el suelo como otras veces, me la veo alhajada y compuesta, como pa ir a una boda. ¡Esto es pa escamarse, señá Jesusa!

Señá Jesusa. No sé, chico. Ella te ha dao la explicación.

Serafín. ¡Pa quien la crea!

Señá Jesusa. ¡Pues, tú verás! ¡Bien fácil te es salir de dudas! Conque dejes la calle y vigiles tu casa... ¡arreglao!

Serafín. ¡Algo habrá que hacer, porque a mí no me señalan con el dedo!

(Por la segunda izquierda sale la SEÑÁ BIBIANA con un vaso de limonada puesto en un plato y moviendo el líquido con una cucharilla. Con el gesto, a hurtadillas de Serafín, ha de dar la actriz la expresión de la violencia que se causa.)

Señá Bibiana. (Con una amabilidad exagerada.) Ya tienes aquí la limonada. Anda, tómatela, hijo mío; ahora que viene fresquita.

(La señá Jesusa se tapa la boca con el pañuelo, ocultando la risa.)

Serafín. (Como el que ve visiones.) (¡Rediez, mi suegra!)

Señá Bibiana. ¿Cómo estás, hijo? ¿Has descansao?

Serafín. (Pero, ¿qué pasa aquí?) Estoy bien; gracias. Y usté, ¿cómo está?

Señá Bibiana. Pa servirte, hijo.

Serafín. (¡Yo estoy soñando!)

Señá Bibiana. Vamos. Anda, y pruébala, a ver si está bien de azúcar. (Serafín coge el vaso y bebe.) Yo te la he puesto dulcecita como a ti te gusta.

Serafín. (Soltando el vaso, después de haber bebido la mitad del líquido.) Está buena

Señá Bibiana. Si la quieres con más limón se le puede echar, que todavía queda.

Serafín. No; está bien, está bien. (Bebe.)

Señá Bibiana. (¡Así te ahogaras, ladrón!)

Serafín. (Soltando el vaso.) Gracias.

Señá Bibiana. ¿Quieres algo más? Si te hace falta alguna cosa, manda. (Serafín está como petrificado; no acierta a decir palabra y la señá Jesusa está a punto de congestionarse de-

tanto aguantar la risa.) ¡Peque, vente conmigo, que te necesita la Patro!

El Peque. (Levantándose.) Va en seguida.

Señá Bibiana. (Marchándose por la segunda izquierda.) (¡Las ganas que se me han pasao de hacerle harina! Un minuto más y reviento. ¡Uf!)

(El Peque se va detrás de la señá Bibiana. La señá Jesusa procura disimular. Serafín no sale de su asombro.)

Serafín. Pero, ¿esto qué es? ¿Qué ocurre aquí? Señá Jesusa, ¡explíqueme usté!

Señá Jesusa. ¡Calla, demonio! ¡Qué voces das! ¿Yo qué puedo explicarte?

Serafín. Pero, ¿usté no ha visto? Esa mujer amable, cariñosa, no es mi suegra. ¡Mi suegra es una arpía!

Señá Jesusa. Estará en la muda.

Serafín. Ni mi mujer es mi mujer, ni yo soy yo. Acabaré por volverme loco.

Señá Jesusa. ¡Cálmate, hombre! Se conoce que con los tres días de juerga andas aún un poco trastornao.

Serafín. Eso será.

Señá Jesusa. ¡Qué duda! Suspirabas por hallar en tu casa la tranquilidaz, y cuando la encuentras, echas de menos lo anterior. ¡Así sóis!

Serafín. Es que es muy raro todo esto, señá Jesusa.

Señá Jesusa. Puede que lo hayan pensao y hayan visto que más se consigue con buenas palabras que con malos modos; que quieran atraerte de esa forma... ¡qué sé yo!

Serafín. ¡Si fuera así!

Señá Jesusa. No lo dudes.

Serafín. Porque usté sabe, señá Jesusa, lo enamorao que yo estoy de mi mujer.

Señá Jesusa. ¡Poco lo has demostrao!

Serafín. Porque me hacían la vida imposible en mi casa, porque su carácter no se amoldaba al mío, porque bastaba que yo dijese blanco pa que fuese negro. Si muchas veces, cuando el cuerpo me pedía un rato de jarana y de expansión,—comer en la *Bombi*, bailar en los Viveros, ¡na más inocente!—en la pareja que primero pensaba era en mi mujer, pero no había que contar. Una vez que se lo propuse me contestó que ella era una mujer de su casa y no una golfa, como si por ir con su marido a un merendero la mujer de su casa perdiese algo. ¡Ya usté ve!

Señá Jesusa. ¡Las hay que parecen educás en las Ursulinas! ¡Las veces que tengo yo ido con mi Cefe al Partidor y a la *Bombi!* Pero la Patro va a cambiar; me lo ha prometido.

Serafín. Luego ha sido usté...

Señá Jesusa. Yo, no, chico; que tó ha salío de ella.

Serafín. ¡Sí ha sido usté, señá Jesusa! Dios se lo pague. ¡Le deberé a usté mi felicidaz!

Señá Jesusa. (¡Anda! ¡Como el otro!) ¡Que no me debes na, chico; que ya hemos liquidao!

Serafín. ¡Qué buena es usté, qué buena y qué simpática y qué guapa!

Señá Jesusa. (¡Arrea!)

Serafín. ¡Como que todavía se le puede dar un disgusto al señor Ceferino!

Señá Jesusa. ¡Vamos, chico! ¡A ver si me vas a hacer ahora a mí el amor, que no te lo consiento! ¡Pues, hombre!

Serafín. Es que mirándola a usté despacio...

Señá Jesusa. ¡Ni despacio ni ná! ¡Que te arreo candela! Que llamo a tu mujer!

Serafín. ¡Llámela usté si quiere!

Señá Jesusa. Ahora mismo; que te veo ya con la calentura. ¡Rediez con el verano! ¡Mira qué ojos pone! ¡Jesús, qué miedo! ¡Patro! ¡Chica! ¡Otra limonada pa tu esposo! ¡Patro! ¡Patro! (Vase por la segunda izquierda.)

Serafín. ¡Qué graciosa es! (A la puerta del foro suenan unos golpes.) ¿Llaman? (Va hacia la puerta y la abre. Al foro aparece un GUARDIA DE SEGURIDAD, con uniforme de verano.)

Guardia. ¿Patrocinio Méndez?

Serafín. Sí, señor. Aquí es. Pase usté, si gusta.

Guardia. (Entrando.) Con el permiso.

Serafín. Usté dirá.

Guardia. (Leyendo en un papel que trae en la mano.) ¿Vive aquí Patrocinio Méndez y González?

Serafín. Aquí vive.

Guardia. ¿Una joven no mal parecida que ha ido a dar parte en la Comisaría, de la desaparición de su esposo?

Serafín. No sé, pero desde luego aquí vive esa joven por quien usté pregunta.

Guardia. Pues vengo a decirle de parte del señor Comisario, que su marido ha aparecido...

Serafín. (Con sorna.) ¡Caramba! ¿Qué me dice usté, Guardia?

Guardia. (Inmutable.) Ha aparecido cadáver en el fondo del Canalillo.

Serafín. (Con supersticioso temor.) ¡Caray, Guardia! ¿Dice usté que cadáver?

Guardia. Cadáver.

Serafín. ¡Guardia, que me está usté dando la tarde!

Guardia. ¿Es usté pariente del difunto?

(Por la segunda izquierda sale PATRO.)

Serafín. Oye, Patro, oye lo que dice este señor.

Patro. ¿Qué dice?

Guardia. ¿Es usté la joven que fué esta tarde a la Comisaría a dar parte?...

Patro. La misma, sí, señor.

Serafín. Pues aquí el benemérito viene a decirte que tu marido ha aparecido...

Patro. ¡A buena hora!

Serafín. Espera. ¡Que ha aparecido muerto en el Canalillo!

(Patro se ríe locamente. El Guardia toma el rábano por las hojas.)

Guardia. (Asustado.) ¡Atiza! ¡El histérico! (A Serafín.) ¡Le ha dao usté la noticia tan de pronto! (A Patro le entran más ganas de reir.) ¡Vamos, joven! (Ahora también Serafín se ríe.) ¿También a usté? ¡Joven, resignación, paciencia!

Patro. (Sin dejar de reir.) Espere usted, Guardia, espere usté. En seguida se me pasa.

Guardia. (¡Qué raro!)

Patro. ¿De modo que dice usté que muerto...?

Guardia. Completamente putrefazto.

Patro. ¡Vaya por Dios!

Guardia. Le han llevado al Depósito de cadáveres y el señor Comisario me manda pa que vaya usté a indentificar al difunto pa poder proceder a su enterramiento.

Patro. ¿Y está seguro el señor Comisario de que el que ha aparecido en el Canalillo sea mi esposo?

Guardia. Las señas coinciden.

Patro. Porque mi esposo es éste.

Guardia. ¿Cómo?

Patro. Y gracias a Dios le he recuperao vivo y sano como usté le ve.

Guardia. Lamento la plancha.

Patro. De todas formas dele usté al señor Comisario las gracias en mi nombre, y usté recíbalas también muy afectuosas.

Guardia. De nada. Repito que lamento el *calembure* tanto como celebro la vuelta del desaparecido.

Patro. Se agradece, Guardia.

Guardia. ¡Y mandar!

Patro. Deje usté mandar.

Guardia. ¡A más ver! Pero, ¿quién, ¡jinojo! de cadáver será el que ha aparecido? (Sale por el foro.)

Patro. ¡Ha estao buena la cosa!

Serafín. ¿Y no será verdaz que el muerto ese sea yo?

Patro. ¡Vamos, calla!

Serafín. Porque yo soy otro, Patro.

Patro. ¿De veras?

Serafín. Cómo tú eres otra también. Hoy es como si naciéramos de nuevo y como si volviéramos a casarnos.

Patro. (Riendo.) ¿De recien nacidos? ¡Tiene gracia!

Serafín. Te digo la verdá. Hoy empieza pa nosotros una nueva vida, Patro; una nueva luna de miel.

Patro. ¡Si fuera verdaz! ¡Si no me engañaras!...

Serafín. ¡Te lo juro!

Patro. ¡Serafín!

Serafín. ¡Patro!

Patro. ¿Me quieres tú?

Serafín. ¿Y me lo preguntas? Anda, ponte el mantón, el mantón de flecos, el de los días de fiesta, que como la alegría no nos cabe en la casa vamos a repartirla por las calles. Es noche de verbena, la nuestra, la castiza, verbena de San Lorenzo, la más clásica. Cenaremos en el café de Barbieri, y calle del Ave María abajo pasearemos en una manuela, tú y yo, dando envidia a todos, y te llevaré, de puesto en puesto, regalándote con lo mejor que haya, y después, ya de madrugada, a casita, a dormir, a soñar, juntitos, muy juntos, como habremos de estar ya toda la vida. ¡Anda, ponte el mantón, el mantón de flecos, que es noche de verbena!

Patro. ¡Mi Serafín!

Serafín. ¡Camina, chula!

(Se van los dos, él detrás de ella por la primera izquierda. Queda la escena sola un momento. Por la puerta del foro asoma la cabeza con cierta precaución el SEÑOR ROMÁN y al observar que no hay nadie en el patio, entra resueltamente y se sienta eu una silla. Viene dándole las últimas chupadas al puro que encendió antes de irse; todavía le dura.)

Señor Román. ¡Anda la soledaz! ¡Si habrá vuelto! (Sonando los duros que tiene eu el bolsillo del chaleco.) ¡Es que no pierdo una! ¡Que me veo comprando acciones del Metronapolitano!

(Por la segunda izquierda salen la SEÑÁ BIBIANA y la SEÑÁ JESUSA, haciéndose señas de que se la van a jugar de puño al señor Román. Este no las ve hasta que le hablan.)

Señá Bibiana. ¡Hola, Román!

Señor Román. (¡Canastos! ¡Mi mujer!) (Se quita el sombrero y empieza a soplar como si acabase de llegar agitadísimo.)

Señá Bibiana. Muy cansao llegas.

Señor Román. (Con aire de víctima) ¡Calcula!

Señá Bibiana. (A la señá Jesusa.) ¡El pobre! Tres días lleva así.

Señá Jesusa. Dios le guarde, señor Román.

Señor Román. Felices, señora Jesusa. ¿Cómo ustez por aquí?

Señá Jesusa. ¡Pues ya ustez ve!

Señor Román. Le habrán contao...

Señá Jesusa. Todo.

Señor Román. ¡Ese *perdis* de Serafín!...

Señá Jesusa. ¡Calle ustez!

Señor Román. ¡Pobre hija!

Señá Bibiana. (¡Ladrón!)

Señor Román. ¡Tres días que llevamos, señora Jesusa, que no es pa narrao, hasta devolverle a nuestra pobre hija ese marido de opereta extranjera que le ha caido en suerte! Me conmuevo, me conmuevo...

Señá Bibiana. (Conteniéndose a duras penas.) (¡Ay, su santa madre!)

Señá Jesusa. (Pero, ¿por qué no le darán a este hombre el Español? ¡Vaya un cómico!)

Señor Román. ¡Ah! ¡Los maridos infieles! ¡Escoria de la humanidaz!

Señá Bibiana. (¡Lo mondo, es que lo mondo!)

Señor Román. (Con ingenuidad.) ¿No ha vuelto?

Señá Bibiana. Pero ¿no le has visto?

Señor Román. ¡Eso hubieran querido mis ojos pa execrarle!

Señá Bibiana. ¿Entonces?

Señor Román. ¡Cuando yo llegué había levantao el vuelo!

Señá Bibiana. ¿Y no sabes?

Señor Román. Le ando a los alcances, Bibi, y ahora no se me escapa.

Señá Bibiana. ¡Luego, sabes dónde está!

Señor Román. Lo sé.

Señá Bibiana. ¿Y dónde está?

Señor Roman. En la Dehesa de la Villa. ¡Tres trayectos!

Señá Bibiana. ¿Cómo?

Señor Román. Me refiero al tranvía Embajadores-Puerta del Sol; Puerta del Sol-Cuatro Caminos; Cuatro Caminos-Dehesa de la Villa.

Señá Bibiana. Total, tres pesetas.

Señor Román. Ponle cuatro.

Señá Bibiana. Pero, ¿cómo no le has visto en las Ventas?

Señor Román. ¿No te digo que había levantao el vuelo?

Señá Bibiana. (Perdiendo la calma.) ¡El habría levantao el vuelo, pero lo que es yo voy a partirte un ala! (Y arremete contra el señor Román a puñetazos y a mordiscos. La

señá Jesusa procura contenerla, y el señor Román corre perseguido por su mujer.) ¡Sinvergüenza! ¡Granuja!

Señá Jesusa. ¡Señá Bibiana!

Señor Román. ¡Bibi, por Dios! Pero, ¿qué es esto? ¡Que me has dao en un ojo! ¡Que te ciegas y me ciegas! ¡Caray, mujer!

Señá Bibiana. ¡Anda pa dentro! ¡Charrán! ¡Ladrón! (Al ruido sale por la primera izquierda SERAFIN. El señor Román al verlo se queda de una pieza.)

Serafín. Pero, ¿qué pasa?

Señor Román. (¡Mi madre, Serafín! ¡Envido a pares!) (Y echa a correr hacia la segunda izquierda por donde desaparece seguido de la señá Bibiana.)

Señá Bibiana. ¡Si no te me escapas! ¡Ahora verás! ¡Ahora verás! (Vase.)

Serafín. ¿Qué ha sido?

Señá Jesusa. Por lo visto que tu suegro acaba de hacer las diez de últimas. ¿Y esa?

Serafín. Ahora sale.

(Por la segunda izquierda sale conmovido EL PEQUE.)

El Peque. ¡Pobre señor Román! ¡Pues lo están desnudando! La señá Bibi le acaba de sacar siete mosquitos.

Serafín. ¿Siete duros?

El Peque. Tó lo que no ha gastao en tranvía más las ganancias del mus.

Señá Jesusa. ¿No te digo? ¡Si creo que durante tu ausencia se ha estao dando una vida de príncipe!

El Peque. ¡Sí, de príncipe! Pero le han estropeao el porvenir pa toa su vida. ¡Pobre señor Román! ¡El habrá jugao al mus, pero la que ha ganao ha sido la señá Bibiana! (Se sienta a la mesilla de trabajo. Por la segunda izquierda sale el SEÑOR ROMÁN, desprovisto de sus galas y con el mandil de zapatero. Su cara es el poema de la tristeza. La SEÑÁ BIBIANA sale detrás de él.)

Señá Bibiana. ¡A tu trabajo! ¡A tu mesilla!

Señor Román. (¡Y la grippe sin volver por aquí!) (Se sienta en su silla de trabajo, coge una bota y se pone a trabajar. Por la primera izquierda sale con un mantón de Manila y flores en la cabeza, PATRO.)

Patro (A Serafín.) Cuando tú quieras.

Serafín. Cuando tú mandes. Señor Román, lamento lo ocurrido.

Señor Román. ¡Calla, hombre!

Serafín. Nos vamos a la verbena.

Señor Román. Divertirse.

Patro. Señá Jesusa, lo que ha hecho ustez por mí no tiene precio.

Señá Jesusa. A ser felices y a no olvidar nunca mis consejos, Patro.

Serafín. Traeremos de la verbena una sandía.

Señor Román. ¡Hombre, sí! Que sea bien grande y que no esté madura; la colgaremos del techo de la alcoba y a ver si así se le cae una noche en la cabeza a mi mujer y liquida.

Serafín. (A Patro.) ¡De mi brazo, chula!

Patro. (Cogiéndose del brazo de Serafín.) ¡Siempre junto a ti!

Serafín. ¡Camina!

Patro. (Besando a la señá Bibiana.) ¡Hasta luego, madre!

Señá Bibiana. ¡Adiós, hija! ¡Que comas bien! ¡Que te diviertas mucho!

Serafín. ¡Paso! (Sale por la puerta del foro orgulloso de llevar del brazo a su mujer.)

El Peque. (Sin poder contenerse.) ¡Vivan los novios!

Señor Román. (Dándole un capón.) Silencio ¡Ahí los llevas! ¡Ellos son felices a costa de mi felicidaz!

(La señá Bibiana y la señá Jesusa salen hasta la puerta a despedir al matrimonio. Casi se cruza con la pareja ANGEL que llega con un gran brazado de claveles y que entra en el patio furioso.)

Señá Jesusa. (¡Arrea! ¡El *Presumido!)*

Angel. ¿Me querrá ustez explicar, señora?

Señá Jesusa. ¡Señor, que ha vuelto el viajante!

Angel. ¿Y qué hago yo con dos duros de claveles?

Señá Jesusa. No se apure ustez, señor; que no hay nada perdido; que se ahoga ustez en un vaso. Con los claveles puede ustez hacer dos cosas Una: meterlos en un jarro y largarse a la puerta de la Peña. Otra: venirse conmigo y regalárselos a una vecina que tengo yo, que es una monada.

Angel. ¡Señora!

Señá Jesusa. ¡Está dicho!

Angel ¡Vamos, hombre! ¡A ustez la han vacunao!

Señá Jesusa. ¡Que le digo a ustez que es preciosa, que le va a gustar mucho! Si puede que ustez la conozca: Irene, la de los bucles.

Angel (Aterrado.) ¿Irene la de.. ? ¡Y tanto que la conozco! ¡Mi mujer que es na más!

Señá Jesusa. (Cogiéndolo del brazo y llevándoselo casi a rastras entre las protestas del hombre.) Ande ustez. Vamos pa allá Hasta otra Queden con Dios.

Angel. (Defendiéndose) ¡Pero, señora! Pero ¿tengo yo cara de párvulo? Pero, ¿por quién me toma ustez? ¡Que ni atao me llevan! ¡Que no la quiero ver! ¡Pues, hombre!...

Señá Jesusa. ¡Que es una monada! ¡Que se lo juro a ustez! ¡Que usted me lo agradecerá!

Angel. ¡Que llamo a un guardia! ¡Que me suelte usted, señora! (Desaparecen los dos discutiendo.)

Señá Bibiana. (Viendo marchar a la señá Jesusa.) ¡Bendita la hora en que entró en mi casa esa mujer!

Señor Román. ¡Ay, Peque! ¡Adiós, riquezas! ¡Adiós, las horas de la dicha! ¡Adiós las acciones del Metronapolitano! ¡Ya siempre aquí, amarrao al duro banco de la zapatería! ¡Qué bien dijo el clásico que dijo que

Humo las glorias de la vida son!

(Bate una suela y cae el telón.)

FIN

Madrid, Agosto, 1918.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edición.)
¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Tercera edición.)
Los ídolos, comedia en dos actos. (*)
El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.
Correo de gabinete, entremés. (*)
El Patio de los Naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)
Punta de viuda, entremés.
El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)
La primera de feria, zarzuela dramatica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
Primavera de la vida, comedia en un acto.
La casa de los pájaros, drama en cuatro actos.
Mañanita de San Juan, entremés. (Segunda edición.)
Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.
El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
La sal del cariño, entremés.
La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.
La caseta de la feria, comedia en tres actos.
La diablesa, comedia en tres actos, en prosa, un telón anunciador a manera de prólogo y un intermedio en verso.
Alfonso XII, 13, comedia en tres actos.
La mujer de su casa, sainete.

La copla vengadora, novela.
La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo.»)

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

PRECIO: DOS PESETAS